

Las maras salvadoreñas: nuevas formas de espanto y control social¹

Roxana Martel Trigueros²

Departamento de Letras,
Comunicación y Periodismo
Universidad Centroamericana
“José Simeón Cañas” (UCA)
pp. 957-979

Palabras clave:

El Salvador, aspectos políticos, historia, problemas sociales, violencia, delitos, medios de comunicación de masas, maras, ensayo.

Resumen

Este ensayo reflexiona en este nuevo rostro generador de miedo, entre la ciudadanía salvadoreña, el cual es producto de una presencia sistemática en el discurso político institucional, difundido a través de los medios de comunicación masiva, que, además, se ha transnacionalizado. Las maras se han convertido en tema de debates académicos, pero sobre todo en la “anomalía” que los gobiernos de la región centroamericana, de México y de Estados Unidos pretenden penalizar o, en términos de Foucault, disciplinar.

Pero para comprender mejor la complejidad de este fenómeno, este ensayo busca vincular la realidad de las pandillas con los acontecimientos históricos del país, porque, de esta manera, los procesos para construir una cultura autoritaria, anclada en el miedo, se presentan de forma hilvanada. El fenómeno no es nuevo como objeto de estudio, pero es urgente discutir nuevas formas para abordarlo. Las pandillas, denominadas maras, no son expresión de una violencia ahistórica ni son extrañas al tipo de sociedad. Son jóvenes y adultos, mujeres y hombres, niños y niñas, con rostros que, aun cuando se intente negar, pertenecen a esos espacios denominados “nación”.

1. Una versión previa fue presentada en el Coloquio Internacional “Maras: identidades juveniles al límite”, organizado por el Instituto Mexicano de la Juventud, la Universidad Autónoma Metropolitana (Iztapalapa), el Colegio de la Frontera Norte, el Instituto Nacional de Migración y el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, del 5 al 7 de julio de 2005, en México. Amparo Marroquín Parducci, docente de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”, colaboró en la edición y revisión del artículo.
2. Docente e investigadora de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”. Actualmente cursa estudios de doctorado en sociología del conocimiento, en la Universidad Pública de Navarra (Pamplona).

1. Presentación

La violencia en El Salvador ha cambiado en sus formas, no en intensidad. En las décadas de 1970 y 1980, tuvo un carácter eminentemente político. Muchas fueron las causas que explican la larga guerra civil. La violencia de esas décadas fue de naturaleza bélica. En 1992, la firma de los acuerdos de paz trajo la pacificación y el carácter de esa violencia fue reemplazado por otra delictiva, la cual conlleva nuevas percepciones de inseguridad, tanto en los contextos urbanos como en los rurales.

La violencia no es un tema desconocido en el país. Desde el siglo XIX, las propuestas oligárquicas para reformar la economía tradicional, fundamentada en la propiedad colectiva de la tierra, en una economía cafetalera, forzaron a los campesinos a sublevarse contra ese poder hegemónico. La resistencia provocó la represión brutal de los militares. Décadas más tarde, en 1932, la historia se repitió, pero las víctimas fueron muchas más. Diversos documentos registran la represión en la zona occidental del país, donde una cantidad considerable de campesinos fue ejecutada, como ejemplo del destino de la resistencia. De acontecimientos violentos, en el contexto rural, el país pasó a la violencia urbana. Desde la década de 1940, las ciudades más grandes fueron escenario de la violencia social. El clima de represión de las dictaduras y su presencia militar configuraron el devenir histórico del país. En ese momento, el enemigo era la oposición al régimen hegemónico. Oposición representada desde el ámbito político. El inicio de la guerra civil marcó el aumento progresivo de las tasas de homicidios, sobre todo durante sus primeros años (Cruz y González, 1997).

La firma de los acuerdos de paz de 1992 debía poner fin al clima de incertidumbre creado por el temor a las acciones violentas, las cuales terminarían. Lo que en ese entonces se perfilaba como una esperanza, se ha convertido en algo irrealizable. Catorce años después del final de la guerra, las víctimas de la violencia no han disminuido y la percepción

de inseguridad es aún más difusa, pero está presente en todos los sectores sociales. Ahora, "el enemigo o la amenaza" no es el adversario político, sino un sujeto que puede adoptar la forma de delincuente, de criminal o, más en concreto, según la política gubernamental actual, de "marero".

Pareciera como si la misma historia se hubiera tejido otra vez, con el componente de violencia y miedo. La narrativa oficial se ha servido de sujetos que concentraran los miedos y que canalizaran las formas de orden necesarias para funcionar. Este ensayo reflexiona en este nuevo rostro generador de miedos, entre los salvadoreños, el cual es producto de una presencia sistemática en el discurso político institucional, difundido a través de los medios de comunicación masiva y, además, se ha transnacionalizado. Las maras se han convertido en tema de debates académicos, pero sobre todo en la "anomalía" que los gobiernos de la región centroamericana, de México y de Estados Unidos pretenden penalizar o, en términos de Foucault, disciplinar.

Para comprender mejor la complejidad de este fenómeno, este ensayo busca vincular la realidad de las pandillas con los acontecimientos históricos del país, porque, de esta manera, los procesos para construir una cultura autoritaria, anclada en el miedo, se presentan de forma hilvanada. El fenómeno no es nuevo como objeto de estudio, pero es urgente discutir nuevas formas para abordarlo. Las pandillas, denominadas maras, no son expresión de una violencia ahistórica, ni son extrañas al tipo de sociedad. Son jóvenes y adultos, mujeres y hombres, niños y niñas, con rostros que, aun cuando se intente negar, pertenecen a esos espacios denominados "nación".

2. El discurso protagónico sobre la violencia

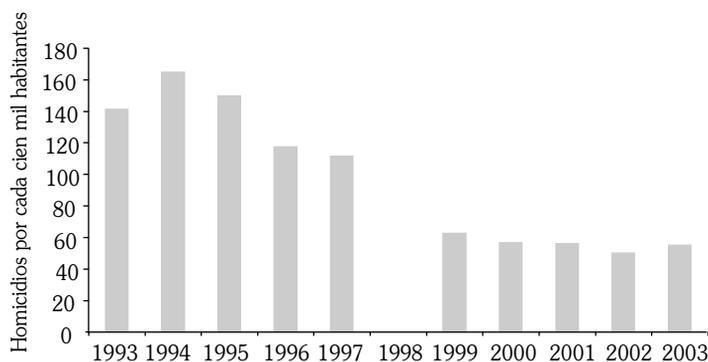
Una de las características que describe a El Salvador de los últimos diez años es la violencia, criminal y no criminal, la cual se reproduce cotidianamente en los espacios públicos y privados. Lo extendido y diversificado

de la violencia, las dificultades para registrarla y para dar un tratamiento adecuado a sus causas son factores que aumentan el sentimiento de inseguridad en la población. Varias instituciones, nacionales e internacionales, han reflexionado sobre esta problemática y han aportado elementos que contribuyen a su caracterización.

El Salvador tiene una de las tasas de homicidios más alta de América Latina. Según datos del proyecto “Sociedad sin violencia”

del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (Salvador, 2003), en 1994 y 1995, la tasa de homicidio intencional alcanzó entre los 150 y 160 asesinatos, por 100 mil habitantes (Gráfica 1). De esta forma, El Salvador es el país más violento de América Latina, en términos de homicidios. En el período 1999-2003, la tendencia de esa tasa disminuyó, aun cuando se registró un repunte en 2003-2004 (41 homicidios por 100 mil habitantes). En 2005, la tasa de homicidios ascendió a 50 (PNUD, 2005).

Gráfica 1
El Salvador: tasa de homicidios por cien mil habitantes 1993-2003



Fuente: PNUD, 2003.

Si se comparan estos datos con los de América Latina, El Salvador sigue siendo uno de los países más violentos, según la tasa de homicidios. El programa de Naciones Unidas para el Desarrollo usó los datos de tres instituciones oficiales —la Fiscalía General, el Instituto de Medicina Legal y la Policía Nacional Civil— y los cotejó con los de otros países latinoamericanos (Cuadro 1). Pese a la diferencia de registros, la situación es preocupante. De acuerdo con los estándares de la Organización Mundial de la Salud, una tasa de homicidios superior a 10 por cien mil habitantes anuales es considerada como una epidemia (PNUD, 2003).

El diagnóstico de la violencia del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, basado en los datos del Instituto de Medicina Legal del año 2003, arroja una tasa de 36 homicidios por cien mil habitantes. De estos, el 57.4 por ciento fue registrado como resultado de delincuencia común, mientras que el 8 por ciento se adjudicó a las maras, y el 6 por ciento a la violencia social —intrafamiliar y a las riñas estudiantiles—. Según estos datos, la causa del 28.8 por ciento restante de homicidios no fue identificada. No obstante, el discurso oficial resalta la peligrosidad de las pandillas, ya que les adjudica los homicidios, el delito más grave.

Cuadro 1
Tasas de homicidios por cada 100 mil habitantes en América Latina

País	Tasa
El Salvador (Fiscal a General)	55
Honduras (2002)	53
Colombia (2003)	50
El Salvador (Medicina Legal)	36
Guatemala	35
Jamaica	35
El Salvador (Policía Nacional Civil)	33
Venezuela	33
Brasil	20
México	18
Ecuador	15
República Dominicana	12
Panamá	11
Nicaragua (2002 PNUD)	6
Cuba	6
Costa Rica (2002 PNUD)	6
Argentina	5
Perú	5
Uruguay	4
Paraguay	4
Chile	3

Fuente: BID 1999-2003.

Aun cuando los datos de homicidios denuncian la existencia de una sociedad muy violenta, la población salvadoreña tiene una percepción sesgada de esta violencia, mediada por el discurso oficial y los medios de comunicación. Estos magnifican las víctimas de las pandillas, al mismo tiempo que minimizan la violencia institucional y los crímenes de cuello blanco. Un estudio sobre víctimas y la percepción de la seguridad señala que casi la mitad de las personas entrevistadas, en una encuesta nacional, piensa que el problema de las maras o pandillas constituye el fenómeno al que hay que darle una atención prioritaria. Al preguntar directamente sobre las pandillas, casi la totalidad (91 por ciento) dijo que eran un problema grande, en términos nacionales; sin embargo, cuando se preguntó por su incidencia en la zona de residencia, solo el 21 por ciento señaló a las pandillas como un problema muy grande. De la misma manera, solo el 10 por ciento de la población dijo haber tenido un problema directo con pandilleros (Cruz y Santacruz, 2005).

El mismo estudio señala que menos del 5 por ciento dijo haber sido víctima de alguna acción de las pandillas juveniles. El estudio exploró también la vinculación que podría haber entre los noticieros de la televisión y la percepción de inseguridad. Aquellos que siguen con frecuencia esos noticieros muestran más inseguridad que quienes no se informan por la televisión.

2.1. Formas de violencia juvenil

El discurso oficial construye la identidad de los jóvenes desde la violencia juvenil. Esta aparece como violencia estudiantil, como consumo cultural de los jóvenes y como violencia de pandillas (maras). No nos detenemos en la primera forma, porque este espacio no permite ilustrar un fenómeno tan complejo como los otros dos. Sin embargo, a modo de síntesis, aunque con el riesgo de simplificar, se puede afirmar que la violencia estudiantil es adjudicada a las agresiones que se producen entre los estudiantes de diferentes centros educativos, cuyas víctimas y victimarios son ellos mismos. Este no es un fenómeno nuevo, pero el discurso oficial, difundido por funcionarios públicos, en los últimos años, lo hacen aparecer como ahistórico y novedoso. El fenómeno se reduce a “maras estudiantiles”, lo cual ha dado lugar a un tratamiento coercitivo, similar al dado a otras manifestaciones violentas (González, 2003). Wim Savanije (2005) historiza estos procesos y los coloca en su justa dimensión.

La violencia vinculada a los jóvenes aparece también como consumo cultural, expresado en la música, los programas televisivos, las películas y los juegos de video. Según el discurso oficial, los jóvenes generan la violencia. La explicación más simplista de este fenómeno, la mayoría de ellas proporcionadas por fuentes gubernamentales, identifica a los medios de comunicación como causa y sobre todo a ciertas manifestaciones culturales, puestas a circulación por ellos. En consecuencia, el tipo de música preferida por los jóvenes es censurado, explícita o implícitamente. Grupos como el mexicano *Molotov* o expresiones culturales como el *hip-hop* han sido censu-

radas por los funcionarios públicos (Martel, 2005).

Aquí nos interesa detenernos en la tercera forma de violencia juvenil, a saber, la producida por las maras. Desde finales de la década de 1980 e inicios de la de 1990, los medios de comunicación han informado sobre la presencia, cada vez más recurrente, de jóvenes pertenecientes a pandillas o maras y les han atribuido los hechos delictivos. De esta forma, les atribuyen homicidios, riñas, asaltos, intimidación y hasta secuestros. Desde 2003, las maras han sido objeto de políticas y acciones gubernamentales que buscan “erradicarlas”. Estas acciones y políticas, al igual que las mismas maras, se volvieron transnacionales. Centroamérica, México y Estados Unidos se consideran amenazadas por estos grupos de jóvenes y adultos, cuya visibilidad es ahora mayor.

Conviene, pues, historizar este fenómeno. La premisa de la cual se parte sostiene que la historia salvadoreña se ha construido con la presencia de grupos o sujetos sociales que condensan los miedos colectivos y permiten determinar las fronteras entre lo legítimo y lo ilegítimo. En estos momentos, son los jóvenes y los adultos de las maras; antes lo fueron los incómodos jóvenes “revolucionarios”; a inicios del siglo XX, los indígenas. La lista de personajes incómodos y temidos crece, así como la forma de reprimirlos.

3. Los hitos en la construcción narrativa de las maras

“... no lo han herido estos, es verdad, pero habituados a ver heridos con tanta frecuencia, no les hace éste ninguna novedad. Muchos hay que no forman los monstruos, pero apenas se encontrará quién se espante de ellos”.

(Pedro Cortés y Larraz, *Descripción geográfico moral de la diócesis de Goathemala*, siglo XVIII.)

En 1768, en tiempos de la colonia, el arzobispo de la diócesis de Goathemala dejó una crónica, donde describió su visión de un grupo de jóvenes detenidos frente a una

iglesia. Imaginó una pelea y pensó intervenir. Cuando se abrió paso entre la gente, se encontró con un cuadro muy distinto: una persona herida agonizaba a los pies de los lugareños, sin que ninguno se moviera, ni hiciera nada para auxiliar al malherido. El obispo pidió con urgencia un cirujano y un religioso para ayudar al moribundo, “pero todos quedaron con mucha serenidad sin moverse a diligencia alguna. Quiso Dios que pasara por la calle un eclesiástico, a quien llamé para que lo socorriera. Yo mismo le até las heridas, apliqué ciertos espíritus, porque estaba agonizando y vivificado un poco, lo llevé yo mismo al hospital. Dije entonces entre mí, este pobre hombre se hubiera muerto entre estas gentes, que lo hubieran visto expirar con mucha serenidad, sin procurarle remedios, ni confesor, ni cirujano; no lo han herido estos, es verdad, pero habituados a ver heridos con tanta frecuencia, no les hace éste ninguna novedad. Muchos hay que no forman los monstruos, pero apenas se encontrará quien se espante de ellos” (Cortés y Larraz, 2001). La región geográfica que ahora corresponde a la nación salvadoreña estaba, desde entonces, habituada a presenciar acciones terribles y los monstruos no lograban espantarlos. ¿Viene de ahí la calma indiferente, que parece adueñarse, en algunos momentos, de la cotidianidad salvadoreña? ¿Viene de ahí cierto letargo indolente? Y luego, también, ¿dónde comienza, para los salvadoreños, la historia del nuevo espanto, esas narraciones del miedo, donde nuevos monstruos amenazan a la sociedad actual?

En la historia salvadoreña aparecen grupos que el poder hegemónico —económico, político y militar— ha mantenido bajo control, a costa de la represión, que señala la frontera entre lo legítimo y lo ilegítimo. Zygmunt Bauman (2004a) pone en evidencia cómo todo proceso “civilizador” se fundamenta en establecer un orden social sobre aquello que, en apariencias, se presenta como caótico y bárbaro. El proceso de colonización española, en el cual se pretendía “ordenar” u “occidentalizar” las formas de vida de las Américas, no fue otra cosa. El orden occidental necesitaba

censurar la forma de vida indígena, por incivilizada. Esa censura y esa cultura ilegítima indígena fueron heredadas a los proyectos independentistas modernizadores. El proyecto político de El Salvador no fue la excepción.

En documentos históricos de los siglos XIX e inicios del XX se puede constatar cómo “el problema indígena” tuvo que ser “controlado” con una violencia legítima, aplicada por los poderes hegemónicos de la época. Tanto en 1832 como en 1932, el territorio salvadoreño fue escenario de masacres de indígenas, quienes reivindicaban el respeto a sus tierras y a su organización social. La historia del espanto quedó registrada en los periódicos de entonces. Los indígenas eran comparados con hordas bárbaras, a las cuales las guardias civiles incipientes debían controlar.

Así como los indígenas fueron los reproductores del miedo y, por lo tanto, a quienes las élites en el poder debían “controlar”, los grupos que se opusieron a los gobiernos dictatoriales fueron la nueva amenaza para los sectores hegemónicos en los años siguientes del siglo XX. Estos grupos de oposición representarían, para los grupos de poder, la amenaza comunista. Los jóvenes universitarios serían los representantes simbólicos de este nuevo espanto. Esa historia del miedo era alentada por las voces políticas, las cuales se hicieron oír a través de los medios de comunicación, en mayor o menor medida, entre 1932 y 1970.

En la década de 1970, las crecientes expresiones populares de protesta tuvieron como escenario todo el país. La intensa represión política presagió la guerra de la década siguiente. El conflicto armado abierto duró once años. En él perdieron la vida unas 75 mil personas —alrededor de 6 250 muertos anuales, por causa de la guerra—. Dada una población total promedio de 5 millones³, resulta una tasa de unos 125 muertos por 100 mil habitantes (Lungo y Martel, 2004). Más allá de la dimensión cuantitativa, la gue-

rra se convirtió en un acontecimiento totalizador en el orden social del país (Martín Baró, 1988). La vida nacional estuvo en función del conflicto, en mayor o menor medida, a lo largo de todo ese período.

Esta dimensión totalizadora hizo que la presencia de pandillas, conformadas por jóvenes, organizados desde la década de 1980, no adquiriera una relevancia especial. Estudios de finales de la década de 1980 e inicios de la de 1990 (AVANCSO, 1989; Argueta y otros, 1991) muestran cómo la existencia de pandillas alarmó a la región. Los integrantes de las primeras “maras” fueron jóvenes de sectores excluidos y segregados social y económicamente. Según estos trabajos, las pandillas crecieron con rapidez y sus características violentas pronto las convirtieron como un peligro para los habitantes de los sectores populares, quienes así las percibieron. En esos años, había muchas pandillas juveniles. Su tamaño no superaba a los 50 jóvenes por agrupación y su radio de acción se limitaba a ciertas zonas de la capital, como el centro y los barrios más pobres. Pandillas como la mara *Chancleta*, la *AC/DC*, la *Nosedice*, la *Gallo*, la *Morazán*, etc., eran las más populares, entre quienes discutían el fenómeno. Desde ese momento, la violencia y la solidaridad interna que las caracteriza se hicieron evidentes (*Proceso*, 2003).

Pese a este reconocimiento académico, no fue sino hasta inicios de 1990, cuando ser joven pasó a ser sinónimo de “sospechoso de pertenecer a una mara”. Después de la firma de los acuerdos de paz, en 1992, los medios de comunicación empezaron a reproducir un discurso que vinculaba las pandillas a muchos de los deportados de Estados Unidos. Empezó a hablarse de una “bomba de tiempo”, que debía ser desactivada con medidas drásticas que impidieran a estos salvadoreños volver a su país de origen.

La figura del deportado debe ser analizada con atención. El discurso oficial ha explicado

3. Según las proyecciones del Ministerio de Planificación, publicadas en los Indicadores sociales y económicos y la Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples de 1990.

y exorcizado el fenómeno de las maras, al atribuir a la deportación de “presuntos delincuentes” la existencia de las maras en el país. Esta explicación cumple dos funciones. Por un lado, el problema de las pandillas es presentado como un hecho extraño a las condiciones sociales internas, con lo cual libera de toda responsabilidad. Por el otro, legitima el uso de la violencia por parte de Estado, el cual debe garantizar la seguridad de la población, aunque no reconoce como tal a esa violencia. El emigrante deportado —criminal o no— es el incivilizado, que quebrantó la ley del país huésped (Estados Unidos); por lo tanto, ahora debe regresar a su tierra. El discurso oficial acusa a este salvadoreño emigrante de ser el cabecilla del gran enemigo público: las maras. Es el salvadoreño no deseado. El que avergüenza al país (Martel y Marroquín, 2003). A mediados de los años de 1990, el discurso del marero deportado cobró una fuerza particular, “los deportados, quienes vestían atuendos flojos, con tatuajes en sus cuerpos y que a simple vista eran identificados como miembros de las ya famosas ‘maras’ arribaron al aeropuerto”, señaló un periódico de circulación nacional, en abril de 1995. El discurso se multiplicó, hasta crear la sensación de que los deportados eran cada día más y que la mayoría de ellos había cometido crímenes.

La explicación del discurso oficial de causa-efecto del fenómeno de las maras, a propósito de los deportados, es una reducción, hay que reconocer que estas ahora poseen una dimensión transnacional. De tal manera que las formas y los conflictos de las pandillas de Estados Unidos se reproducen simbólicamente y materialmente, no solo en El Salvador, sino también en Guatemala, Honduras y ahora México. Los jóvenes pertenecientes a pandillas, en El Salvador, adoptaron los usos y

las prácticas de las dos pandillas principales: la *MS* y la *Pandilla 18*. Las pandillas locales de la década de 1980 dejaron de existir como tales. Ahora son “clikas” de la *MS* y de la *Pandilla 18*, las cuales se disputan el territorio y la visibilidad.

Las noticias difundidas por los medios de comunicación muestran, por otra parte, a los salvadoreños que “presuntamente” pertenecen a pandillas vinculados a distintos tipos de crímenes —bandas de asaltabancos y secuestradores—, en Guatemala, México y Estados Unidos. Las discusiones de las leyes o de las medidas de seguridad, adoptadas por los gobiernos de los distintos países, también tienen mucha visibilidad. En las noticias consumidas a diario, las maras aparecen como grupos de asalto en las fronteras. Los jóvenes salvadoreños que pertenecen a una pandilla también son protagonistas de noticias cuando los medios dan seguimiento a sus historias fuera del país, sobre todo a las de los procesados por distintos delitos.

Otra gran narrativa que da forma a este nuevo espanto de las maras fueron las mujeres decapitadas, en 2001 y 2002. Desde octubre de 2001, los discursos sociales empezaron a vincular a los pandilleros con las víctimas decapitadas. En la mayoría de casos, esta vinculación no pudo probarse, pero logró infundir miedo suficiente en la población como para que los círculos políticos reclamaran penas más duras para los responsables de estos asesinatos. Esta percepción fue legitimada por el actual presidente Saca, cuando afirmó, en una entrevista televisiva, durante su campaña electoral, que “los mareros no se andan con cuentos para andar en la mochila la cabeza de su madre”. Posteriormente, otro funcionario público declaró que al “hablar de mareros no se está hablando de muchachos que rezan el rosario”.

[...] la historia salvadoreña se ha construido con la presencia de grupos o sujetos sociales que condensan los miedos colectivos y permiten determinar las fronteras entre lo legítimo y lo ilegítimo. En estos momentos, son los jóvenes y los adultos de las maras; antes lo fueron los incómodos jóvenes “revolucionarios”; a inicios del siglo XX, los indígenas.

La palabra *marero* se volvió así sinónimo de delincuente y de asesino. Aún y cuando, como afirma el periodista mexicano Marco Lara Klahr, es casi imposible encontrar a un joven perteneciente a las pandillas que se denomine a sí mismo como “marero”⁴, esta identidad tomó fuerza, debido al discurso de distintos líderes de opinión, reproducido por los medios de comunicación.

4. La construcción narrativa de las maras como forma de identidad

Antes de continuar con esta discusión, conviene establecer algunas categorías conceptuales del análisis. Especial interés tiene, para este ensayo, la construcción narrativa de las identidades. La construcción del mundo social se realiza, según Alfred Schultz (2003), por el significado específico con que se designan las distintas relaciones establecidas por los sujetos sociales entre sí, en la doble dimensión de espacio y tiempo. En esas relaciones es posible identificar e identificarnos con un “Nosotros”, socialmente construido, desde la individualidad y con el cual se comparten elementos biográficos. Desde este “Nosotros” se construye, de manera parcial, al “Otro”, captado en sus individualidades y sus situaciones biográficas parciales. El “Otro” desempeña roles o funciones típicas y su resultado es la autotipificación que se produce al entrar en relación con él. Al definir el rol del Otro, el individuo asume un rol. Al tipificar la conducta del Otro, se tipifica la propia conducta, relacionada con la suya. Este proceso de doble tipificación, la del Otro y la propia, se denomina “identidades”. Así, pues, aquí entendemos por identidades socioculturales las relaciones sociales de oposición entre “nosotros” y “otros”.

Las identidades socioculturales son el resultado de la interrelación cotidiana y se definen por la capacidad discursiva de los sujetos sociales. Desde el discurso se tipifica al Otro y al Nosotros. La relación de la narración con la identidad es constitutiva. No hay identidad cultural que no sea contada. La identidad

es una construcción que se relata (Martín Barbero, 2001). Estos relatos, o narrativas, tienen unos tiempos, unos aspectos y unos modos de narración que los hacen particulares y emblemáticos para la construcción identitaria.

El interés de estas líneas es acercarnos a la construcción de las identidades de los jóvenes que pertenecen a las maras, desde los distintos discursos que circulan, sobre todo en el campo mediático salvadoreño. Discursos marginales y hegemónicos que, en relaciones de confrontación, determinan, en el imaginario social, las identidades de los sectores juveniles. En ese sentido, los discursos sociales vinculados a los jóvenes que pertenecen a las maras se construyen desde dos operacione- nes. Por un lado, los discursos se construyen desde los mismos jóvenes, desde el “nosotros” social del cual habla Schultz. El discurso desde el “Nosotros” de los jóvenes se hace desde los procesos de autopercepción, y se hace visible de distintas maneras en el espacio público —cuerpos y *graffiti*— y mediático.

Una segunda operación en la construcción de las identidades de las maras se hace desde los “Otros” hacia los jóvenes, que integran estas agrupaciones. Estos discursos se construyen desde la heteropercepción, es decir, desde la percepción que otros tienen de las maras y lo que el poder hegemónico desea legitimar, desde sus centros de diseminación política. Estos “Otros” ponen a circular discursos en los espacios públicos y mediáticos, entre los cuales cabe distinguir el discurso mediático, el político institucional y el académico. Estos tres discursos explican y dan forma a las prácticas de los jóvenes de las maras (Gráfica 2).

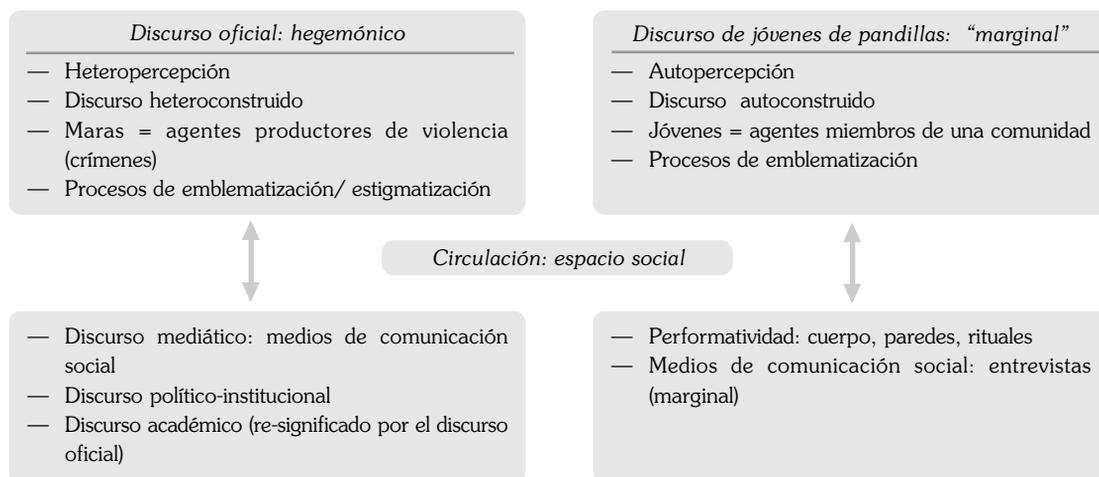
4.1. La construcción narrativa: la historia oficial

“Cada sociedad tiene la necesidad de construir alteridades radicales, negándolas y atentando contra sus vidas, para purificarse y negar al propio diablo en el cuerpo”.

(Ester Cohen, 2003).

4. Los más cercanos a la 18, sobre todo, prefieren denominarse *homeboys*.

Gráfica 2



La construcción social y simbólica de un grupo social, que sirve para distinguir lo legítimo de lo ilegítimo, es uno de los elementos que caracteriza la historia moderna salvadoreña. Estos grupos representan al bárbaro, que debe ser sometido. Primero fueron los indígenas; después, los comunistas, y ahora, las maras. Los bárbaros han servido como instrumento principal para la moderna "implantación del miedo" (Bauman 2004a). La construcción de ese sujeto social con una función —negativa-criminal— específica se ha hecho a partir de tres dispositivos discursivos: el mediático, el político institucional y el académico.

Los medios de comunicación salvadoreños han servido como caja de resonancia del discurso oficial. En los medios de comunicación se pone a circular el discurso que ha construido la imagen hegemónica de las maras como generadoras del miedo social. Este discurso ha sido difundido por las instituciones gubernamentales y por las élites económicas —expresadas en la gran empresa privada—, las cuales han demandado respuestas efectivas para detener la violencia criminal. La violencia originada en las prácticas de las pandillas es vivida por los sectores populares, donde los jóvenes pandilleros se disputan el territorio y algunos de ellos cometen actos delictivos. La

difusión de sus rostros y su permanente visibilidad, en los medios de comunicación, generaliza la sensación de inseguridad creada por las pandillas (IUDOP, 2004; Cruz y Santacruz, 2005).

Los estudios de comunicación discuten hasta qué punto el discurso de los medios afecta la forma como las personas ordinarias reflexionan. Los expertos insisten que los medios de comunicación no solo ponen en común los acontecimientos, sino que, sobre todo, se negocian los significados. El pensamiento de muchos ciudadanos sobre los jóvenes de las pandillas se encuentra reproducido en las noticias que transmiten todos los días. En los productos mediáticos, en los noticieros de radio y televisión, en las notas y los artículos de la prensa escrita y en Internet se pueden encontrar los gustos y los miedos, las alegrías y las represiones vividas por la sociedad y la cultura.

El seguimiento de las noticias sobre las maras, difundidas en el país, permite identificar, al menos, tres estrategias de producción discursiva, utilizadas en la construcción de las noticias: la creación de rasgos de identidad colectiva, con lo cual desaparece la identidad individual; la visibilidad de los personajes emblemáticos y la categorización y el uso de

metáforas. Estas categorías aparecen en los siguientes fragmentos, seleccionados de entre las noticias difundidas por los periódicos nacionales. Estas estrategias no son usadas de forma intencionada por los periodistas, sino que son la práctica y las rutinas periodísticas las que se encargan de que el discurso mediático adopte determinadas formas y defina la forma de categorizar a las pandillas, en el espacio público.



El Diario de Hoy, 20 de julio de 2003. Foto de ilustración. Nota: 328, "Pandilleros capturados en el fin de semana".

La primera estrategia es la creación de rasgos de identidad colectiva. En las noticias que dan cuenta de las maras como un problema social, se describe a un grupo o colectivo indiferenciado. En ese colectivo han desaparecido las personas. El fenómeno se impersonaliza, hasta el punto de presentar a las maras como un todo homogéneo, sin conflictos internos, ni luchas de poder, ni posibilidades de actuación, etc. La impersonalización de las maras las vuelve anónimas y su esencia humana se esconde, para convertirse en un colectivo salvaje y atemorizante. No es una identidad colectiva que se integra a las formas culturales hegemónicas, sino una que se convierte en la forma no-deseada de persona, o, mejor, de no-persona. Esta estrategia puede ilustrarse con las siguientes citas.

Las pandillas son un fenómeno que cada día se hace más grande. De los 92 homicidios en 2003, 26 son de supuestos mareros. ¿Las razones de las muertes? Rencillas personales, posesión de territorio o problemas de drogas (*El Diario de Hoy*, 6 de junio de 2003).

Las autoridades de Gobernación y de la PNC aseguran que existe preocupación por el incremento en los homicidios en 2004 en comparación con años anteriores; pero tratan de buscar atenuantes y aseguran que la mayor cantidad de crímenes están vinculados a las pandillas y el fenómeno es explicado así: con la implementación del plan "Super Mano Dura", la mayoría de pandilleros optó por abandonar las "clicas" y acogerse al Plan Mano Amiga; tras las deserciones, los cabecillas de las "clicas" optaron por asesinar a quienes los abandonaban. En medio de esa lucha han muerto muchas personas inocentes (*La Prensa Gráfica*, 22 de enero de 2005).

Ambas citas muestran un colectivo responsable de los homicidios, un motivo de preocupación de la población salvadoreña. Esta afirmación responsabiliza, en igual medida, a todos los miembros de las pandillas, hayan estado o no implicados en estos delitos. La mayoría de las noticias hace uso de estadísticas para fundamentar la versión oficial, pero no da cuenta de los procesos judiciales en los cuales los miembros de pandillas son individualizados, en cuanto presuntos responsables de homicidios específicos. Esta actitud aparece en el tratamiento de las imágenes, las cuales repiten aquellas donde los jóvenes de las pandillas exhiben sus cuerpos y rostros tatuados, en colectivo. Esta línea fue explotada en la cobertura dada a los primeros días de la Operación Mano Dura, lanzada por el gobierno de Flores, en agosto de 2003.

El discurso periodístico y la "estética de la violencia" construyen la identidad colectiva de los jóvenes de las pandillas, de tal forma que signifiquen inseguridad y muerte. Los cuerpos de los jóvenes son lo suficientemente emble-

máticos, desde el punto de vista periodístico, como para ilustrar el relato que se construye de ellos. Estas imágenes aparecen en dos tipos de escenarios. El primero es cuando la policía los tiene “controlados”. Estas imágenes presentan a los jóvenes frente a la cámara, por lo general, sin camisa, esposados, de pie o “tirados” en el piso. En estas notas, la figura de los jóvenes aparece disminuida, pues el protagonista son las autoridades. El otro escenario presenta los cuerpos de estos jóvenes desafiando a la cámara, por ejemplo, haciendo señas con sus manos para dramatizar su identidad (Martel, 2003). Ambas imágenes aparecen de forma recurrente en los medios escritos y televisivos, y aunque la proporción de notas sobre el tema ha disminuido en los medios —en concreto, en relación con la cobertura de los primeros días de la Operación Mano Dura—, estas siguen configurando la identidad de los jóvenes, tanto de aquellos que pertenecen a las pandillas como de aquellos que no pertenecen a ellas, pero que residen en sectores marginalizados.



La Prensa Gráfica, 25 de julio de 2003. Foto de ilustración. Nota: “Polémico proyecto de Ley Antimaras”.

La segunda estrategia observada en los últimos años es la utilización de personajes emblemáticos. Esta estrategia es complementaria de la anterior. Aunque se habla de identidades colectivas, des-dibujando las identidades individuales, se enfatizan aquellas que son para-



La Prensa Gráfica, 26 de julio de 2003. Detenidos. “Miembros de maras fueron detenidos”. Nota: “Presentan tres recursos contra Ley Antimaras”.

digmáticas y que se convierten en modelos de comportamiento y de caracterización de los jóvenes de las pandillas. Estos personajes emblemáticos son descritos como “cabecillas” o líderes de las maras. De aquí resultan perfiles ejemplarizantes de quienes pertenecen a las pandillas. Los medios presentan a estos personajes con la espectacularidad que pueden permitirse. Estos jóvenes son identificados por sus “alias” y sus rostros son utilizados para ilustrar el fenómeno de las pandillas. En el discurso mediático se han construido diversos personajes emblemáticos. Tres de los más conocidos han sido la Lonely, el Viejo Lin y el Diablito.

La Lonely es una de las pocas mujeres pertenecientes a las pandillas con visibilidad mediática. Su historia fue ampliamente difundida por los medios de difusión colectiva ya que, según las versiones oficiales, habría asesinado a una joven menor de edad. Uno de los periódicos de mayor circulación le dedicó un reportaje, en su revista dominical, donde se asegura que el crimen adjudicado a Zuleyma Carrillo, la Lonely, justificó el inicio de la Operación Mano Dura y la promoción de la Ley Antimaras, en 2003, por parte del poder Ejecutivo.

Una lágrima tatuada junto a su ojo izquierdo delata su vida ligada a las maras [...] Sentada a un lado del escritorio de la oficina de trabajo social, en el Penal de



El *Diario de Hoy*, 2 de mayo de 2004. Foto de ilustración. Reportaje: “Más allá del crimen...”

San Miguel, “la Lonely” habla a cuenta gotas sobre la mañana del 3 de octubre de 2003, el asesinato de Vanesa Raquel Constanza, de 13 años, el mismo delito que terminó de justificar la aprobación de la Ley Antimaras (*El Diario de Hoy*, 2 de mayo de 2004).

La Lonely se convirtió en un caso ejemplarizante, aunque en el reportaje niega su participación en el crimen. Fue condenada a quince años de prisión. Zuleyma Carrillo pertenecía a la MS. El reportaje explica el homicidio de la siguiente manera: “¿Motivos? Solo uno, el pecado más grave dentro de las maras: relacionarse con el enemigo, la mara contraria, la 18. Ese es el caso dentro del proyecto Santa Teresa, un territorio de 69.34 manzanas de extensión exclusiva de la clica ‘Proyecto Loco Salvatracho’, conocida por la PNC como PLS”.

El Viejo Lin, Carlos Mojica, es un personaje emblemático. En el país es conocido como el líder de la *Pandilla 18*, según la versión de la policía difundida por los medios. Su notoriedad se debe, por una parte, a la cobertura dada a sus capturas, juicios y sobreseimientos; y la otra, a las declaraciones que ha dado a los medios. Ha sido el único miembro de una pandilla que ha pronunciado un discurso político⁵. Las acciones judiciales

5. Esta postura política se desarrolla en el apartado de la construcción narrativa desde los jóvenes de la pandilla.



El *Diario de Hoy*, 27 de septiembre de 2005. “Proceso A. Carlos Ernesto Mojica Lechuga le anularon un fallo que lo favoreció”.

contra Mojica y cualesquiera de sus declaraciones son noticia. Desde 2003, su nombre no ha dejado de aparecer en los medios con cierta periodicidad.

El cabecilla de la temible “Mara 18”, Carlos Mojica Lechuga, alias el “Viejo Lin”, fue condenado a cinco años de cárcel por tenencia de armas de uso militar, confirmaron ayer fuentes judiciales (*La Prensa Gráfica*, 22 de julio de 2004).

Carlos Ernesto Mojica Lechuga fue detenido junto a otro sujeto el 13 de julio de 2004, en Chalchuapa, Santa Ana, donde residía. En aquella ocasión, a Mojica Lechuga le hallaron un revólver. No tenía permiso para portarlo y los agentes le levantaron cargos por ello. El 5 de enero de 2005 fue declarado inocente por el Juzgado Segundo de Sentencia de Santa Ana (*El Diario de Hoy*, 27 de septiembre de 2005).

La peligrosidad con que se describe la personalidad de Carlos Mojica ha estigmatizado, desde los medios, incluso el barrio donde vive. “En el hasta hace un año cuartel general del ‘Viejo Lin’ se respira una tensa calma. Aunque algunos dudan que regrese, otros tienen temor” (*La Prensa Gráfica*, 26 de mayo de 2004).

Christian Magaña, el Diablito, es otro personaje que, como el Viejo Lin, ha tenido mucha visibilidad en los medios. Su rostro y su torso están casi completamente tatuados. Esa marca corporizada, su “alias” y su mirada desafiante ante las cámaras han hecho que sus posibilidades mediáticas sean explotadas al máximo.

Cristian Jonathan Magaña, reconocido en la Mara Salvatrucha como El Diablito, apenas había sido liberado ayer de un delito cuando fue detenido por otro. Cuando arrancó el plan Mano Dura contra las pandillas, el 23 de julio, Magaña fue detenido por asociaciones ilícitas, delito que se aplica a quienes se reúnen para planificar y cometer fechorías [...] Desde entonces fue capturado y liberado varias veces por los tribunales por asociaciones ilícitas (*El Diario de Hoy*, 5 de septiembre de 2003).

La categorización con metáforas y alegorías es un recurso del lenguaje utilizado por los medios. Irene Vasilachis (2004, pp. 130-133) fue la primera en estudiarlo con una metodología metaepistemológica. En su estudio sobre la prensa salvadoreña, encontró una serie de metáforas que el periodismo utiliza para categorizar las acciones de las pandillas. El problema mayor radica en que los lectores procesan tanto los significados literales como los metafóricos, y retienen la fuerza de ambos, hasta producir “nuevas categorías atributivas”. Vasilachis señala dos metáforas. La primera es la de la guerra, que “tanto real, como latente, se refuerza semánticamente”: “guerra entre maras cobra más víctimas” (*El Diario de Hoy*, 15 de enero de 2003), o “se vive estado de guerra”, tal como afirma *La Prensa Gráfica* del 10 de febrero de 2003. La otra es la personificación o tratar el fenómeno de las pandillas como un organismo vivo.

Existen otras tres imágenes importantes. La primera es la metáfora de la enfermedad, de la ciudad enferma y de las pandillas como cáncer, que carcome la sociedad. Por lo tanto, es necesario “extirpar, matar, erradicar” este cáncer. Así como la quimioterapia mata al-



El Diario de Hoy, 5 de septiembre de 2003. “Christian Magaña, alias El Diablito, de la MS”.

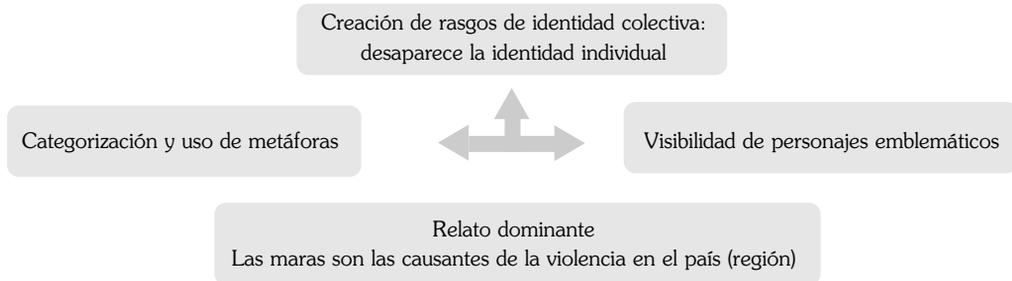
gunas células para mantener vivo el organismo, la sociedad salvadoreña aparece necesitada de una quimioterapia, aplicada con mano dura y firme para sobrevivir y sobreponerse al caos. La metáfora de la basura insiste en *barrer* con los elementos que ensucian la sociedad: “se acabó la fiesta”, “la PNC y el ejército barrerán a los pandilleros de los barrios y colonias de San Salvador” (*El Diario de Hoy*, 24 de julio de 2003). Y, por último, la metáfora que convierte a los pandilleros en animales: “de hecho, el día que entramos a su guarida [...] estaba en plena faena financiera, es decir, empaquetaba la marihuana y la cocaína para su posterior venta” (*La Prensa Gráfica*, 10 de febrero de 2003).

El discurso mediático usa las estrategias discursivas. Tres de ellas ilustran el tipo de percepciones que generan. El relato o la narrativa dominante del discurso puesto a

circular por los medios acusa a las maras de ser las causantes de la violencia, en el país y

la región. La Gráfica 3 recoge la relación entre las estrategias y la narrativa dominante.

Gráfica 3



El segundo discurso de la esfera hegemónica y legítima es el político institucional, responsabilidad de las instituciones públicas. Este discurso puede ser punitivo o preventivo. El discurso punitivo busca resolver la violencia nacional, atribuida a las maras, por medio de políticas y programas de castigo. Sus principales responsables son la Presidencia de la República y el Ministerio de Gobernación, de quien depende la Policía Nacional Civil. Este discurso adoptó la forma explícita de “guerra contra las maras”, en 2003, cuando se les atribuyó una serie de delitos que se remontan a 1990. Ahora bien, aunque esta construcción fue paulatina, en 2003, las maras se convirtieron en un tema de la agenda gubernamental. Desde inicios de ese año, los medios registraron un aumento de las actividades criminales que, según los datos de la policía, eran protagonizadas por miembros de las pandillas. Los informes periódicos de la policía mostraban estadísticas elevadas de víctimas y de hechos violentos, en todo el país, pero sobre todo en el área metropolitana de San Salvador. Unos días antes del anuncio del Plan Mano Dura, los medios difundieron las capturas de varias personas, en distintos lugares de San Salvador, como parte del Operativo Metro.

La PNC detuvo a 36 personas por diversos delitos durante una redada en Soyapango. La institución realizó las capturas en el marco del *operativo Metro*, con el

cual se pretende llevar seguridad a la ciudadanía en la antesala de las fiestas agostinas (*La Prensa Gráfica*, 20 de julio de 2003).

Estos elementos marcaron un clima tenso, reconstruido desde los medios. El 23 de julio por la tarde, los medios fueron convocados a una rueda de prensa, en la cual el presidente Flores anunció el lanzamiento del Plan Mano Dura. El anuncio estuvo cargado de simbolismo, el cual fue recreado por los medios de comunicación. Los primeros en transmitirlo fueron los noticieros de la televisión. Parado delante de una pared marcada con un enorme *graffiti* de una de las maras, en una de las comunidades señalada por la policía como zona de alto riesgo, el presidente Flores dijo:

A lo largo y ancho del país, pandillas criminales llamadas “maras” se han posesionando de una enorme cantidad de barrios y colonias para cometer numerosos y terribles crímenes. Esta amenaza ya no sólo a los vecinos de estos territorios, sino que al país entero. Existen más mareros armados que policías y efectivos militares juntos, son ya entonces una amenaza para todos los salvadoreños (Discurso del presidente Flores, 23 de julio de 2003).

El discurso fue reproducido en su totalidad por *La Prensa Gráfica*, mientras que *El Diario de Hoy*, “Hechos” y “El Noticiero” solo

reprodujeron algunos fragmentos. En la cobertura de la Operación Mano Dura, en los primeros días, se pueden observar tres momentos discursivos bien delimitados: la construcción de la amenaza, la apuesta y las dudas.

Los medios repitieron el discurso oficial, acompañado, la mayoría de veces, por reportes policiales. Así, las maras se convirtieron en el emblema de la violencia. *Graffiti*, tatuajes y lenguaje de señas anunciaban el pe-

ligro. Eran emblema de la rebeldía y la contestación. De la agresión y de la muerte. Colocar rostro a los emblemas era cuestión de tiempo. La peligrosidad ya estaba anunciada. Una vez iniciada la Operación, el emblema cobró fuerza y vida propia. En el Cuadro 2 se recogen los titulares con los cuales *La Prensa Gráfica* y *El Diario de Hoy* cubrieron el lanzamiento de la Operación Mano Dura, el 24 de julio de 2003.

Cuadro 2 Titulares de la prensa escrita

<i>El Diario de Hoy</i>	<i>La Prensa Gráfica</i>
Barrerán a las maras.	Mano dura contra mareros.
El Estado de excepción es la última alternativa.	“Mi bicho me hacía todos los mandados” (referencia a víctima de maras).
De la rueda de amigos a la clics.	
Pandillas dejan una secuela de muerte.	
Niño muere a manos de maras.	
Satisfacción y temores por Plan Mano Dura.	

Desde entonces, los medios de comunicación mantuvieron esta retórica oficial. La campaña electoral de 2004 fue un espacio ideal para que el actual presidente, Saca, enfatizara el compromiso de su gobierno en la lucha contra las maras. El Plan Mano Dura resultó insuficiente para el nuevo gobierno⁶, el cual lanzó el plan “Súper Mano Dura”.

Volver a El Salvador “uno de los países más seguros de América Latina” es la apuesta del candidato presidencial por ARENA, Tony Saca, en el área de seguridad. Con su plan “súper mano dura”, el aspirante espera aplicar justicia a todos los delincuentes, pero, además, brindarles oportunidad de rehabilitación a los jóvenes que quieren salirse del mundo de las drogas y las pandillas (*El Diario de Hoy*, Edición especial sobre las elecciones, diciembre de 2003).

Las maras se han convertido en un problema regional y El Salvador las combate con mano dura (Declaración del presidente

Saca, en la Cumbre Antipandillas, 24 de junio de 2005).

Este discurso goza de mucha popularidad. Las encuestas de opinión del Instituto Universitario de Opinión Pública, dedicadas a evaluar las gestiones presidenciales de Flores, en diciembre de 2003, y de Saca, en 2004, muestran que tanto la Operación Mano Dura como el plan Súper Mano Dura tienen aceptación. En diciembre de 2003, el 80 por ciento de la población apoyó el plan gubernamental, porque era la manera de garantizar la tranquilidad ciudadana, aun cuando se violen algunas libertades y principios constitucionales (IUDOP, 2003). El mismo apoyo tiene el gobierno de Saca. En la evaluación de su primer año de gestión, el combate a la criminalidad, en concreto, contra las pandillas juveniles, fue valorado positivamente. Más de la mitad de los salvadoreños (52.1 por ciento) piensan que el problema de las pandillas está disminuyendo con el actual gobierno (IUDOP, 2004).

6. Iniciada en junio de 2004.

El discurso político e institucional pretende abordar el tema de las maras desde la prevención. Los responsables de este discurso son aquellas instituciones, públicas y privadas, que diseñan y ejecutan los planes y programas de prevención. Estos discursos se centran en los programas destinados a los “sujetos en riesgo”. Los sujetos en riesgo son jóvenes que, si bien no integran maras, viven o conviven en un entorno deteriorado y marginal, en el cual pueden encontrar atractiva la oferta de entrar a formar parte de las maras. Sin embargo, este enfoque tiene tres limitaciones. La primera es no hacer referencia a la condición ciudadana de los jóvenes, ni a sus derechos inalienables. La segunda es no dar prioridad al desarrollo de iniciativas orientadas a fomentar la participación de los jóvenes en la dinámica social, política y cultural del país. La tercera es no plantear respuestas pertinentes a una de las demandas más sentidas por los jóvenes: el reconocimiento y los espacios de participación (Rodríguez, 2004). Las políticas de intervención actual tienen el gran defecto de no considerar a los jóvenes, pandilleros o no, como sujetos de derecho. Los jóvenes son ciudadanos y, en cuanto tales, tienen derechos que la sociedad y el Estado deben respetar y defender. El acceso a los servicios no debe verse como un favor del Estado a los jóvenes, sino como un derecho que debe ser garantizado.

La tercera fuente de discursos sobre la construcción identitaria de los jóvenes de las pandillas es el producido en los ámbitos académicos. Es un discurso resignificado por los discursos mediático y político-institucional. Es así como los funcionarios justifican las medidas adoptadas en los estudios de las universidades o los centros de investigación. De hecho, en El Salvador, existe una extensa producción académica sobre las maras, que data desde finales de la década de 1980. Esta producción está constituida por informes oficiales, diagnósticos de la situación de la niñez y la juventud, estudios sobre violencia y criminología, investigaciones especializadas en pandillas, mapa de zonas críticas, estudios sobre pobreza urbana y exclusión, y análisis

sobre capital social. Por lo general, son estudios descriptivos.

4.2. Construcción narrativa: la otra historia

“Los efectos y condiciones de la eficacia de la violencia simbólica están duraderamente inscritos en lo más íntimo de los cuerpos bajo forma de disposiciones [...] El poder simbólico se construye con la contribución de los que lo soportan porque lo construyen como tal”.

(Bourdieu, 1999.)

En El Salvador, la identidad de los jóvenes de las maras es una identidad proscrita. La construcción social de ellos proviene de voces hegemónicas —del poder político y mediático—. El proyecto de nación de las élites políticas y económicas ha depositado los miedos sociales en un grupo determinado, y desde ellas ha determinado los límites de lo legítimo y lo ilegítimo. A finales del siglo XIX e inicios del XX, fue la población indígena, después los grupos de oposición política, invariablemente denominados como comunistas, y con la firma de los acuerdos de 1992, comenzó a tomar forma el que ahora es enemigo público número uno en el país: las maras.

Este enemigo público, depositario del miedo social, justifica el uso de la violencia legítima del Estado, puesto que su deber es, precisamente, defender al país de él. Ahora bien, las formas cómo este nuevo enemigo-amenaza se presenta han cambiado, así como también se han modificado la sociedad y las formas de control. La ilegitimidad de los grupos proscritos antes de los acuerdos de paz era distinta a la utilizada con las maras. Los indígenas, objeto de represión y aniquilación en muchas poblaciones, siempre se presentaron a través de otras voces: las de las élites económicas, las del naciente partido comunista y las de editorialistas de la época. Su voz, la historia narrada por ellos mismos, fue silenciada durante todos estos años. Fueron otras las voces que explicaron su trasgresión del proyecto político hegemónico.

Las maras se presentan con un nuevo relato. Los jóvenes que pertenecen a ellas muestran su apuesta personal y colectiva con sus cuerpos y sus pintas. La rebeldía, la transgresión de los límites fijados por el proyecto económico y social hegemónico la llevan a cabo desde la performatividad, desde sus cuerpos. El poder preformativo de los jóvenes de las pandillas o la “puesta en escena” de sus prácticas (Erving Goffman, 2004) es alto y los medios de comunicación lo exponen tanto como pueden. Se pueden observar tres relaciones preformativas, puestas en escena por estos jóvenes, a saber, el cuerpo-emblema, las paredes-territorio y los rituales-sentido.



El Diario de Hoy, 24 de julio de 2003. “Joven de pandilla de Honduras”. Nota: “Satisfacción y temores por plan contra maras en C. A.”

El cuerpo, individual y colectivo de los jóvenes de las pandillas, muestra, desafía e interpela. Es un cuerpo que genera miedo. Sus emblemas son el rostro y el cuerpo tatuados. Los tatuajes han sido, hasta la ejecución de la Operación Mano Dura, un símbolo de adscripción. El cuerpo es una forma de reconocimiento y control, tanto de ellos sobre sí mismos como de la mara sobre quienes pertenecen a ella. El cuerpo es un medio para expresar la identidad. La reivindicación de las identidades, desde el cuerpo, cobra visibilidad en las maras, las cuales, como cuerpo colectivo, poseen un “sentido básico de grupo

y funcionan como tal, usualmente vinculados al ejercicio de un poder territorial en barrios y colonias de la ciudad, por lo general formadas por jóvenes que habitan en las mismas zonas donde ellos desarrollan la mayor parte de sus actividades” (Cruz, 1999).



El Diario de Hoy, 25 de julio de 2003, “Joven detenido por PNC en Operación Mano Dura”. Nota: “Policía ha detenido a 226 pandilleros en 32 horas”.

Los jóvenes de las maras son conocidos por sus fuertes vínculos de solidaridad y compañerismo entre sí, por rivalidades que los enfrentan a las pandillas de otros territorios, por el uso de determinados códigos de comunicación los cuales, a su vez, son formas para dramatizar su identidad. Algunos de estos códigos son señales con las manos, un registro discursivo particular, tatuajes y *graffitis*. Otra característica es la aceptación de ciertas normas, valores y rituales de pertenencia, en los cuales la “puesta en escena” de formas de violencia propicia la vinculación de los miembros de las pandillas a las actividades delictivas. Aunque no se puede negar la participación de los pandilleros en estas actividades, ni el daño que ocasionan a otras personas con su conducta violenta, no se agrupan, en principio, motivados por delinquir, sino porque en las pandillas ven un espacio de interacción y de ejercicio de poder con el cual no cuentan fuera de ella (Santacruz, 2001). Ese cuerpo se muestra en los medios de comunicación como generador de miedo, cuando desafían a las cámaras o aprovechan el momento para reivindicar su pertenencia



La Prensa Gráfica, 25 de julio de 2003. Grafito. "Pandilleros en la zona de Mariona dicen no temer". Nota: "A vivir o morir por la mara".

a la mara, o bien es mostrado como un elemento peligroso, al cual hay que dominar. Por eso, las fotografías muestran a jóvenes en el suelo, "controlados" por las autoridades.

Otra puesta en escena ocurre en los territorios. Los *graffiti* son la forma territorial para reconocer la presencia de jóvenes de pandillas en los barrios. Los *graffiti* son formas de visibilidad urbana y denotan territorios, reclaman presencia y rinden tributo a los "caídos". La fuerza visual del *graffiti* en los barrios, sobre todo en los sectores populares, hizo que la policía, en el contexto de la Operación Mano Dura, se dedicara a limpiar las paredes de ellos. Esta medida fue ejecutada en las zonas donde se llevó a cabo dicha operación, hasta el punto de representar el emblema de la "lucha contra las maras". Los esfuerzos por "limpiar" simbólicamente las comunidades de las maras son complejos. Sobre la pintura de la policía aparecen nuevos *graffiti* como señal de la presencia de pandillas. La expresión de territorialidad, de apropiación de un territorio como factor de poder, es un proceso muy difícil de contener.

Varios estudios de la década de 1990 explican qué atemoriza a los sectores que detentan el poder para nombrar y castigar (Argueta, 1991; Smutt y Miranda, 1998; Cruz y Portillo, 1998; Santacruz Giralt y Eastman, 2001). En las pandillas es obligatorio obedecer y acatar

lo decidido en su interior. Sus integrantes deben ser leales al grupo y defenderse entre ellos y el territorio de la pandilla, aun cuando exista el riesgo de perder o de quitar la vida. El territorio y el "nombre" de la pandilla, frente a pandillas rivales, deben ser reivindicados. Los ritos de iniciación, por lo general, están vinculados con ceremonias en las cuales se dramatiza la violencia. Los pandilleros deben apropiarse de los elementos simbólicos que muestran su identidad. De ahí la importancia de los tatuajes y del lenguaje. En las pandillas, el poder es ejercido de forma particular. Está vinculado a la muerte como sacrificio u ofrenda ("morir por el barrio"), a la portación de armas y a la reproducción de relaciones jerárquicas en su interior. El líder tiene un papel protagónico y detenta mucho poder dentro y fuera de la pandilla. Estos elementos, sobre todo la posición ante la muerte y la expresión de la violencia, en sus formas más evidentes, facilitan que el discurso oficial les atribuya la violencia actual. Cuando no existen "bandos claramente definidos", como en el conflicto armado, es más fácil adjudicar responsabilidades a los grupos que se "desvían" de las normas de la socialidad hegemónicas.

Cada sociedad, según el estudio sobre filósofos y brujas del renacimiento de Esther Cohen (2003), tiene necesidad de construir alteridades radicales, negándolas y atentando contra sus vidas para purificarse y negar al diablo en el propio cuerpo. En la sociedad salvadoreña, las maras cumplen esta función, a saber, constituyen colectivos difusos de jóvenes que se convierten en un cuerpo sin forma definida y que muestran, de manera retardadora, las formas más radicales de violencia social. Los jóvenes de la pandilla fijan sus propios límites entre lo permitido y lo no permitido, y usan la violencia, cuyo monopolio legítimo pertenece al Estado. Las pandillas son un recordatorio permanente de la violencia que puede ejercer el individuo y, no menos importante, no parecen ser las consumidoras deseadas por el mercado, pues pertenecen a sectores populares con condiciones de vida precarias.

Los jóvenes de las pandillas parecen aplicar un nuevo ritual-sentido al usar los medios de comunicación. Aunque difunden el discurso oficial hegemónico, al mismo tiempo otorgan a las maras una plataforma desde la cual puedan hacer sus “puestas en escena” con gran visibilidad. Antes de la Operación Mano Dura y de su segunda edición, la Súper Mano Dura, su territorio era el barrio y su enemigo, el rival de la otra pandilla, localizado en todos los barrios; pero ahora las maras están presentes en todos los hogares y zonas. Sus formas de espanto se han masificado.

Carlos Mojica, el Viejo Lin, es uno de los líderes de la *Pandilla 18* con mayor presencia y fuerza mediática. Ha aprovechado los espacios —marginales— abiertos por la prensa escrita para presentar una postura más política. De esta forma, interpeló a altos funcionarios gubernamentales, en orden a negociar una “tregua”, en 2004. El gobierno se negó.

[...] estamos buscando medidas alternas para los nuestros, algo diferente, ¿me entiende? Durante tanto tiempo se nos ha mostrado en los medios como lo peor, vejados y humillados. Sí [...] todos vemos las imágenes que salen de los miembros de nuestras pandillas, descalzos, con los pantalones amarrados por un hilito y esposados como animales, escondiéndose la cara uno en el otro, porque en realidad da pena aparecer así, va. Eso se llama vejación [...] Y vemos la diferencia cuando observamos a Carlos Perla, Nelson García, cuando observamos a Maties Hill, Juan Torres, etc. Hemos sido y seguimos siendo utilizados, estamos siendo descartados por un sector del Gobierno, digamos el partido en el poder, estamos siendo descartados, perseguidos al estilo de Adolfo Hitler. ¿Usted conoce la historia de don

Adolfo Hitler? La persecución de los judíos, ésta es una categoría definida, “exactamente cabal”, ¿me entiende? Lo vivieron también los negros en Estados Unidos de América. Cómo se nos persigue, se nos acorrala, se nos saca de nuestras casas enfrente de nuestras madres y todavía lo están haciendo ante la vista, los ojos de 6 millones y algo de salvadoreños, ¿qué bárbaros, eso es autoritarismo! (*El Diario de Hoy*, 23 de mayo de 2004).

5. Las maras: los nuevos parias

Mecanismos de integración social y simbólica

Las políticas de intervención actual tienen el gran defecto de no considerar a los jóvenes, pandilleros o no, como sujetos de derecho. Los jóvenes son ciudadanos y, en cuanto tales, tienen derechos que la sociedad y el Estado deben respetar y defender. El acceso a los servicios no debe verse como un favor del Estado a los jóvenes, sino como un derecho que debe ser garantizado.

La construcción narrativa de la identidad de los jóvenes de las maras permite la aproximación a las nuevas formas de control, utilizadas por el poder hegemónico para mantener su proyecto social y económico. Al parecer, operan bajo dos premisas, ya apuntadas por Zygmunt Bauman, al hacer una revisión contemporánea del proyecto económico y social vigente. Bauman sostiene que al construir una sociedad se crea un imaginario de “sujetos problema”, que reducen los problemas sociales a un tema de seguridad ciudadana (2004). El Estado, reducido a sus funciones mínimas, después de procesos de modernización y privatización, es incapaz de responder a los problemas estructurales, que han desbordado sus fronteras. Al garantizar la seguridad frente a estos sujetos problema —o nuevos espantos, como los hemos llamado aquí—, legitima su papel y su función con el “combate” a este enemigo público.

La hipótesis de este trabajo sostiene que al hacer visible a los jóvenes de las maras como problema social y nacional —y también transnacional—, se les asigna una cuota de poder y de “legitimidad” dentro de la ilegitimidad. Esta

operación ha hecho que, en la década de 1980, los jóvenes, excluidos por el sistema, social y económicamente, en los últimos años, se hayan “integrado” a sus lógicas. El costo de esa integración es la negación de su esencia humana. Simplificaciones como las que afirman que los jóvenes de las maras no son tales, sino mareros y estos son asesinos, lleva a ejercer sobre los jóvenes —pandilleros o no, pero todos ellos de extracción popular— formas de violencia institucional, legitimadas con el cumplimiento de su función de control.

Al parecer, en esta operación de exclusión e integración de las maras al sistema operan tres mecanismos que garantizan dicha integración social y simbólica, aun cuando lo hagan a través de la forma de “espanto social”. El primer mecanismo es el desconocimiento de la ciudadanía y de los derechos de los jóvenes vinculados a las pandillas. El derecho de defensa y de protección es vulnerado sin justificación por parte de las autoridades. La única justificación es la de des-humanización general, al catalogarlos como criminales, aun cuando no haya un proceso judicial, en el mejor de los casos, o como basura, cuando los medios de comunicación social usan metáforas. Las siguientes declaraciones de dos funcionarios públicos ilustran este mecanismo.

[El subdirector de la Policía Nacional Civil, Pedro] González mencionó que desde enero a mayo de 2005, habían sido asesinados 425 miembros de pandillas, y que otro centenar de asesinados tenían récord delictivo. Mencionó que para la PNC es difícil defender a un marero cuando hay mucha gente interesada en ejecutarle [*El Diario de Hoy*, 21 de junio de 2005].

El titular [Ministro de Gobernación, René Figueroa] explicó que el Gobierno ha detectado que entre las maras Salvatrucha y 18 existe una proporción de asesinatos de 4-1, con ventaja para la primera. De continuar dicha tendencia, el subdirector de la PNC, Pedro González, advierte que “en dos o tres años, la 18 habría sido desarticulada” (*El Diario de Hoy*, 26 de mayo de 2005).

El segundo mecanismo de integración es el miedo, infundido por medio del dispositivo de control. Las narraciones, las historias y las noticias difundidas en los medios han generado percepciones de inseguridad y miedo social. No hay mejor mecanismo de control que el miedo (Beriain, 2005). El control sobre los espacios más significativos y privados, por ejemplo, por dónde se transita, la búsqueda de “zonas seguras” para residir, el tipo de tatuaje permitido, un determinado vestuario, etc., son mecanismos sutiles de control, pero no por eso son menos eficaces. La revista dominical de un periódico nacional publicó el siguiente testimonio (no se sabe si real o ficticio), que describe la sensación de temor que produce, en determinados sectores, la omnipresencia —gracias a los medios— de jóvenes de las pandillas

Iba para Nueva Concepción (Chalatenango) y como siempre, me bajé en la colonia Atlacatl, cerca de la Troncal del Norte, para abordar el bus. De repente *venían unos pandilleros con machetes en las manos y a toda la gente que encontraban en el camino le cortaban la cabeza*. Yo veía eso horrorizada y sabía que si no me escondía en algún lugar mi cabeza iba a ser una de esas [...] Me pongo pálida y no sé si esa persona nota que estoy aterrada. Le tengo miedo a toda persona tatuada, veo caras sospechosas por todos lados. Ando siempre tensa cada vez que ando en la calle, me duelen la espalda y el cuello y sólo me relajo cuando entro a la casa. *Siempre me ha gustado usar tacones y arreglarme mucho, pero ahora uso zapatos cómodos para salir corriendo en una emergencia y ropa más sencilla para no llamar la atención*. Uso zapatos de tacón por cuestiones de presentación en mi trabajo; pero me siento bien insegura. También desistí de trabajar como voluntaria en una organización que trabaja con niños de la calle porque cuando pensé que podían enviarme a trabajar a algún lugar peligroso me deshice de esa idea (*El Diario de Hoy*, 23 de febrero de 2003).

El tercer mecanismo de integración es la violencia, el más eficaz de los tres, por el cual los jóvenes de las pandillas interpretan el rol que decidieron interpretar y se decide que interpreten. Estos jóvenes a diario viven tres formas de violencia: la estructural, la física y la simbólica. La violencia estructural es la propiciada por un sistema que los margina y los excluye de las formas legítimas de bienestar. Los miembros de las pandillas pertenecen a familias de los sectores populares, cuyas condiciones de vida son precarias. Hay varios estudios interesantes sobre la precariedad económica y social en la que viven inmersos estos jóvenes, en un sistema que les ofrece el rol de consumidores (ver ERIC, IDESO, IDIES e IUDOP, 2001; ERIC, IDESO, IDIES e IUDOP, 2001). La segunda forma de violencia es la física, la cual es ejercida por ellos sobre ellos. La ejercen sobre ellos mismos en las relaciones de dominio y control por parte de las jerarquías, sobre quienes pertenecen a pandillas rivales y a través de actividades delictivas, en las cuales participan algunos de sus miembros. Además de la violencia física ejercida por ellos, está la violencia física ejercida sobre ellos por otras pandillas y la misma policía. Hay testimonios sobre el maltrato físico del cual han sido víctimas los jóvenes detenidos y del temor a denunciarlo.

Finalmente, está la violencia simbólica, también ejercida sobre ellos y por ellos. La mayor violencia simbólica ejercida sobre ellos se genera a raíz del discurso que los medios de comunicación hacen circular, el cual los ha des-humanizado. A esta forma de violencia se agregan la exclusión y la marginalidad en la que han permanecido históricamente. La violencia simbólica es, por otro lado, reproducida por ellos mismos, ya que los procesos de dominación y exclusión son ejercidos por ellos dentro de las maras. Aunque existen fuertes lazos de solidaridad, la lealtad y el poder de los líderes de los distintos grupos reproduce procesos de dominación. La situación de la mujer, dentro de las pandillas, es un ejemplo. Lo que observamos es que en las maras se reproducen las formas de violencia social contra la mujer.

Las pandillas juveniles muestran, para alimentar el espanto y garantizar el control social, la decadencia de un sistema y de sus instituciones, las cuales se agotan cada día más. Los jóvenes, desde sus propias formas, incluso desde la marginalidad, se han dejado ver y escuchar por una sociedad que parece estar cada vez más enamorada de ella misma y de los espejismos que ha construido a lo largo de su historia.



Referencias bibliográficas

- AVANCSO (1989). *Por sí mismos: un estudio preliminar de las maras en Ciudad de Guatemala*. Cuadernos de investigación, 4. Guatemala.
- Argueta, S. y otros (1991). "Diagnóstico de los grupos de pandillas llamados 'maras' en San Salvador. Factores psicosociales que prevalecen en los jóvenes que las integran". *Revista de Psicología de El Salvador*, II, 43, pp. 53-84.
- Bauman, Z. (2004a). "El eterno retorno de la violencia", en Josetxo Beriain (ed.), *Modernidad y violencia colectiva*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- Bauman, Z. (2004b). *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Madrid: Ediciones Paidós.
- Beriain, J. (2005). *Modernidades en disputa*. Barcelona: Antrhopos.
- CEPAL (2004). "Panorama social de América Latina". Accesible en <http://www.eclac.cl/cgi-bin/getProd.asp?xml=/publicaciones/xml/6/20386/P20386.xml&xsl=/dds/tpl/p9f.xsl&base=/tpl/top-bottom.xsl>
- Cohen, E. (2003). *Con el diablo en el cuerpo. Filósofos y brujas en el renacimiento*. México: Taurus.
- Cortés y Larraz, P. (2001). *Descripción geográfica moral de la diócesis de Goathemala*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos.
- Cruz, J. M.; González, L. (1997). "Magnitud de la violencia en El Salvador". *Revista de Estudios Centroamericanos (ECA)*, 588.
- Cruz, M., Trigueros, A.; González, F. (2000). *El crimen violento en El Salvador. Factores sociales y económicos asociados*. San Salvador: IUDOP-UCA.
- Cruz, M.; Santacruz, M. (2005). *La victimización y la percepción de seguridad en El Salvador en 2004*. San Salvador: PNUD, IUDOP.
- Cruz, M.; Portillo, N. (1998). *Solidaridad y violencia en las pandillas del gran San Salvador. Más allá de la vida loca*. San Salvador: UCA Editores.
- Cruz, M. (1999). "Maras o pandillas juveniles: los mitos sobre su formación e integración". En O. Martínez Peñate (Coord.), *El Salvador: sociología general. Realidad nacional de fin de siglo y principio de milenio*. San Salvador: Nuevo Enfoque.
- ERIC, IDESO, IDIES e IUDOP (2001). *Maras y Pandillas en Centroamérica*. Managua: UCA Publicaciones.
- ERIC, IDESO, IDIES e IUDOP (2004). *Maras y Pandillas en Centroamérica. Pandillas y capital social*, Volumen II. San Salvador: UCA Editores.
- Ginzburg, C. (1991). *Historia nocturna. Un desciframiento del aquelarre*. Barcelona: Muchnick Editores (Turín, Einaude, 1989).
- Goffman, E. (2004). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- González, L. (2003). "Sociedad y juventud en El Salvador a inicios del siglo XXI". En *Revista Estudios Centroamericanos (ECA)* 657-658.
- IUDOP (2000). *Encuesta sobre pandillas y capital social. Proyecto juventud y violencia en Centroamérica*. San Salvador: Informe privado.
- IUDOP (1999). *Normas culturales y actitudes sobre la violencia. Estudio Activa*. San Salvador: UCA Editores.
- IUDOP (2003). *Evaluación de final de año*. San Salvador: UCA.
- IUDOP (2004). *Evaluación de los cien días de gobierno de Antonio Saca*. San Salvador: UCA.
- Lungo, M.; Martel, R. (2004). "Ciudadanía social y violencias en las ciudades centroamericanas". En Lucía Dammert (ed.), *Seguridad ciudadana: experiencias y desafíos*. Valparaíso, Chile.
- Martín Baró, I. (1988). "La violencia política y la guerra como causas del trauma psicosocial de El Salvador". *Revista de Psicología de El Salvador* 7.
- Martel, R.; Marroquín, A. (2003). "La construcción de 'lo migrante' como elemento de identidad salvadoreña: cultura oficial y cultura popular". *Revista Estudios Centroamericanos (ECA)* 661-662.
- Martel, R. (2005). "Los jóvenes y sus identidades: estrategias del desencanto. Construcción de identidades desde la precarie-

- dad". *Revista Estudios Centroamericanos (ECA)* 679-680.
- Martel, R. (2003). *El papel de los medios de comunicación en la construcción social de la violencia y el espacio público*. San Salvador: PNUD.
- Martín Barbero, J. (2001). "Deconstrucción de la crítica: nuevos itinerarios de la investigación". En M. I. Vasallo de Lopes y R. Fuentes Navarro, *Comunicación como objeto y campo de estudio. Perspectivas reflexivas latinoamericanas*. Guadalajara: ITESO, Universidad Autónoma de Aguascalientes, Universidad de Colima, Universidad de Guadalajara.
- OPS (2003). *¿Cómo viven los adolescentes y jóvenes en El Salvador? Análisis situacional año 2000*. San Salvador.
- Policía Nacional Civil (2002). "Pandillas en El Salvador". Documento interno.
- Proceso (2003). "Cuatro mitos sobre las pandillas I". *Proceso*, 1059-1060.
- PNUD (2003). "Diagnóstico de la situación de la violencia y la inseguridad ciudadana en El Salvador en 2003". Mimeo. Accesible en http://www.violenciaelsalvador.org.sv/documentos/Diagnostico_2003.doc
- PNUD (2005). "Los homicidios siguen en alza en El Salvador". Disponible en <http://www.violenciaelsalvador.org.sv>
- Reguillo, R. (2000). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Bogotá: Norma.
- Reguillo, R. (2003). "Ciudadanía culturales". Ponencia del XI Encuentro de Facultades de Comunicación Social, "Comunicación, ciudadanía y democracia", 6 de octubre, San Juan, Puerto Rico.
- Reguillo, R. (1995). "Socialidad y medios de comunicación". *Estudios de Comunicación y Política* X, pp. 31-42.
- Rodríguez, E. (2004). "Jóvenes y violencia en El Salvador: ¿enfoque de riesgo o enfoque de oportunidades? San Salvador: PNUD.
- Santacruz Giralt, M.; Concha-Eastman, A.; y Cruz, J. M. (2001). *Barrio adentro. La solidaridad violenta de las pandillas*. San Salvador: IUDOP, OPS, Homies Unidos de El Salvador.
- Santacruz Giralt, M.; Cruz, J. M. (2000). "Juventud y violencia en Centroamérica". En prensa.
- Savanije, W.; Beltrán, M. A. (2005). *Compartiendo en bravuras. Violencia estudiantil en el área metropolitana de San Salvador*. San Salvador: FLACSO.
- Schultz, A. (2003). *El problema de la realidad social. Escritos I*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Smutt, M.; Miranda, J. (1998). *El fenómeno de las pandillas en El Salvador*. San Salvador: UNICEF, FLACSO.
- Vasilachis, I. (2004). "El lenguaje de la violencia en los medios de comunicación. Las otras formas de ser de la violencia y la prensa escrita". En Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, *Aportes para la convivencia y la seguridad ciudadana*. San Salvador.
- Zilberg, E. (2002). "From Riots to Rampart: A Spatial Cultural Politics of Salvadoran Migration to and from Los Angeles", disertación para obtener el grado de doctora en Filosofía, Universidad de Texas, en Austin.